





**Estuvieron  
allí**



DIVULGACIÓN

# Estuvieron allí

SANTIAGO  
BLASCO

algaida

Diseño de cubierta: Enrique Iborra

Primera edición: 2021

© Santiago Blasco, 2021

© Algaida Editores, 2021

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

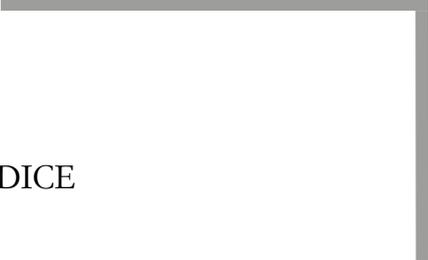
e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

ISBN: 978-84-9189-603-6

Depósito legal: SE. 1657-2021

Impreso en España-Printed in Spain

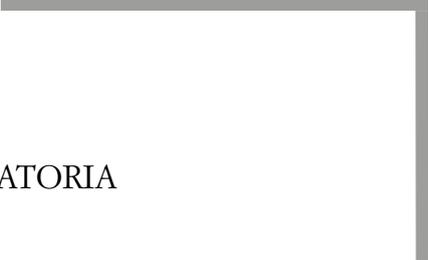
Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



## ÍNDICE

Dedicatoria .....	9
Nota del editor .....	11
Prólogo .....	13
Agustina Carolina del Carmen Otero Iglesias, la Bella Otero.....	15
Andrés de Urdaneta .....	45
Catalina de Erauso .....	67
La vida secreta de Miguel de Cervantes.....	87
El emperador Trajano .....	111
El testamento de Isabel la Católica.....	129
Philip María I. El hijo imposible de María Tudor y Felipe II.....	157
Emilia Pardo Bazán. Escritora y feminista rebelde . . . .	181
Rafael de Lorenzo García. El triunfo de la superación de la discapacidad .....	209
Margarita Salas. La excepcional científica que fue la primera española en ingresar en la Academia Nacional de Ciencias de Estados Unidos .....	239
Agradecimientos .....	265





## DEDICATORIA

A Pilar:

Porque a pesar de conocer de antemano los inconvenientes que se nos iban a presentar, de la noche a la mañana, no dudó en aceptar que el ordenador pasara a formar parte esencial de mi equipaje cotidiano.

El resultado fue la convivencia, durante algunos meses, con diez ilustres personajes que siempre participaron de nuestras conversaciones, como si fueran los mejores compañeros de viaje.

Ha sido una experiencia distinta que no me atrevo a recomendar, ya que, si bien es cierto que en ocasiones se ha presentado algo cansina, no puedo olvidar que también nos ha proporcionado situaciones muy divertidas.

Al igual que ocurre cuando se viaja en grupo, acomodamos nuestros horarios a los tiempos que marcaron los invitados, por aquello de aplicar las leyes de la buena hospitalidad con quienes se alojan en tu casa, aunque sea de una manera ficticia y circunstancial.



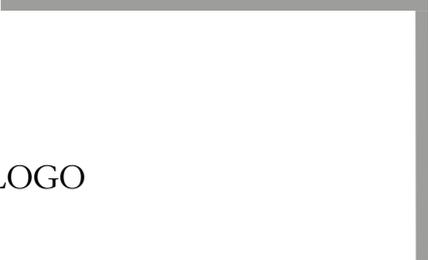


## NOTA DEL EDITOR

*Estuvieron allí*, de Santiago Blasco.

Aunque en ocasiones podamos tener la sensación de que la historia de España ha transcurrido alejada de algunos determinados acontecimientos internacionales, este libro demuestra que nunca ha sido de esa manera. Santiago Blasco nos cuenta la historia de una serie de personajes históricos españoles cuyo rasgo en común es haber estado en sitios donde no los esperaríamos. Ya fuera por su ubicación geográfica, por las circunstancias especiales que les tocó vivir, o por el cargo que ocuparon. De todos ellos se puede decir que es absolutamente cierto que «estuvieron allí».





## PRÓLOGO

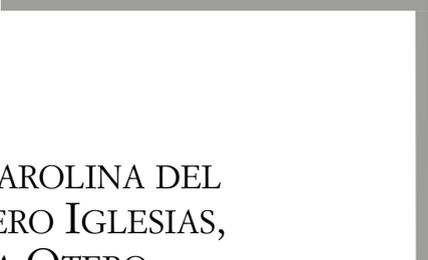
Algunas veces, ocurre que la propia investigación histórica es la encargada de dejar para el olvido detalles, o, mejor dicho, grandes pequeños detalles, que resultan desconocidos para la gran mayoría de la población. Acciones que con el pasar de los años se valoraron como decisivas, pero que en su momento no se tuvieron en cuenta. Actos que cambiaron el rumbo de la historia porque fueron suficientes para explicar el resultado final de situaciones muy especiales.

Los responsables de recopilar la información necesaria, de lo que se podría definir como el amplio conocimiento histórico, si son rigurosos, suelen dejar en reserva todo aquello que no esté probado de una manera fehaciente y científica. Por esta razón, solo en contadas ocasiones dejan volar a la imaginación para dar a conocer aquellas anécdotas y curiosidades que, aparte de explicar comportamientos, también sirven para dar una idea aproximada de la propia idiosincrasia de la figura investigada.

Porque no siempre fueron acciones heroicas inverosímiles, ni misiones sumamente peligrosas. Muchas veces, se trata-

ron de actuaciones muy habituales para quienes las realizaron. Esas mismas que se encuentran al alcance de cualquiera. Actos que, por el mero hecho de haberlos realizado en momentos muy relevantes, sirvieron para escribir una reseña importante en el curso de la historia de España.

Fueron hombres y mujeres que, por la trascendencia de sus méritos, se hicieron merecedores de ser recordados para que sirvieran de ejemplo, orgullo y admiración al resto de sus conciudadanos. Celebridades que inscribieron sus nombres con letras de oro para la posteridad. Tanto, personajes influyentes como anónimos, que fueron elegidos para ser recordados como seres dotados de un temple especial. Simplemente por poseer una marcada personalidad, que, al igual que todos los que provenimos de los mismos orígenes, también nosotros llevamos grabada en lo más profundo de nuestro carácter. Por eso, conocerlos de una manera más próxima, más humana, los hace parecer más familiares; más cercanos a nuestra propia historia.



AGUSTINA CAROLINA DEL  
CARMEN OTERO IGLESIAS,  
LA BELLA OTERO

La aldea de Valga (Pontevedra) solía amanecer casi todas las mañanas del año de una tonalidad gris, o, como solían decir los paisanos del lugar, color panza de burro. Un preludio que cuando se repetía con insistencia auguraba que la jornada estaría marcada por la neblina mañanera y, a continuación, por la presencia de lluvias antes de que finalizara la tarde. Situada entre Caldas de Reis y Padrón, parecía un lugar propicio para que pidieran cobijo los peregrinos que estaban muy próximos a finalizar el camino de Santiago.

Quizá, como consecuencia de tanto trasiego de desconocidos que deambulaban entre sus calles en busca de sustento y descanso, esa fuera la razón fundamental por la que sus habitantes se acostumbraron a recibir en sus propias casas a extraños de todo tipo y condición. Por eso, sin apenas esforzarse en ello, como si se tratara de una tradición legendaria, sus gentes se convirtieron en confiados posaderos provisionales que obtenían ingresos extras con el alquiler de sus modestas habitaciones y con la sencilla costumbre de compartir los alimentos de sus mesas.

Muchas veces ocurre que el mayor peligro reside en lo más profundo de aquellos que están más próximos a nosotros mismos. De esos a los que conocemos desde la niñez y que nunca terminamos de saber cómo son en realidad. Nos gusta fiarnos de sus buenas intenciones por pura intuición y por el mero hecho de saber quiénes son, dónde viven, de qué familia provienen o a qué se dedican. Y eso mismo le ocurría a Venancio Romero «Conainas». Un vecino de la aldea que mantenía en secreto sus más perversos sentimientos.

El Conainas era un hombre joven. Demasiado simple para su edad y dotado por la madre naturaleza de muy pocas luces. De profesión zapatero, contaba con un futuro limitado por las ayudas que pudiera recibir de sus progenitores, porque el trabajo no daba para muchas alegrías. Los que mejor le conocían decían de él que solía mirar de reojo a las mujeres más jóvenes del lugar porque era muy tímido con el sexo contrario y no se encontraba cómodo cuando las tenía demasiado cerca. Sentía verdaderos deseos de invitarlas a salir, pero no se atrevía a decirles nada porque temía su rechazo frontal y la posterior burla de la comunidad cuando la noticia corriera a la velocidad de la pólvora.

No podía permitirse semejante riesgo porque tendría que buscar otro lugar donde esconderse de las miradas y de las risas de los otros aldeanos. Una tarea ardua y difícil esa de cambiar de residencia y levantar un negocio poco productivo que no estaba dispuesto a realizar. Por eso, se consumía por dentro, en silencio, e intentaba que nadie se diera cuenta de sus obscenos pensamientos. Sabía que si daba rienda suelta a sus miradas obsesivas podrían dejarlo al descubierto, y prefería mirar casi siempre hacia el suelo cuando se encontraba en presencia de alguna mujer. Era una situación mucho más segura para él.

Pero tanta represión hacía que en su interior naciera una fuerza que cada día se hacía más difícil de contener. Necesitaba con urgencia una salida que le permitiera desfogar sus cada vez mayores necesidades. Pero tenía que ser lo suficientemente segura para que nadie sospechara de él en cuanto las cosas salieran a relucir. Desconocía la razón exacta, pero comenzaba a estar embrujado por aquella autoría que se le pasaba por la cabeza, prácticamente a diario.

Y aquella fatídica tarde sucedió lo que con tanta paciencia esperaba el Conainas. La pequeña Agustina estaba muy cercana a cumplir los once años de edad. Había nacido en noviembre del año de 1868 y ya se encontraban en el mes de julio de 1879. Era conocida por todos, porque había nacido entre las viejas paredes de la casa de su madre. Una mujer muy pobre, soltera, que se solía enamorar con bastante facilidad de quien le prometiera un futuro mejor para ella y para sus siete hijos, entre los que se encontraba Agustina y su gemela Francisca. Todos ellos sin reconocer, por ser de padres diferentes.

Aquel día de verano, daba la impresión de que la niebla se iba a levantar y el cielo apuntaba despejado, por lo que se presumía la salida del sol en breve. De todos era sabido que esos momentos hay que aprovecharlos para trabajar en el exterior, jugar, pasear o realizar cualquier labor que requiera librarse del mal tiempo, porque nunca se sabe lo que tardará en reaparecer de nuevo la lluvia. Y en esos mismos preceptos fue educada la niña.

La jovencísima Otero decidió salir a correr por los alrededores de su aldea hasta lo que sus piernas le dieran antes de cansarse. Y allí, escondido detrás de la espesa vegetación que cubría uno de los solitarios claros del bosque, la mirada atenta del Conainas esperaba a que le llegara su oportunidad para actuar. Había imaginado muchas veces la escena y, ahora, pa-

recía que se iba a desarrollar tal como la soñó tantas veces en la soledad de su cama.

Solo con verla corretear salivaba y se excitaba como nunca antes le había sucedido. En esta ocasión estaba decidido a actuar, porque nunca se le presentaría otra con más facilidades a su favor. Nervioso miraba de un lado para otro y no descubría la presencia de ningún vecino por los aledaños. Enseguida comprendió que se encontraban completamente solos la niña Otero y él. Sin ningún testigo que pudiera denunciarlo. Lo único que debía preocuparle era que la niña contara lo sucedido. Pero también estaba decidido a que eso no se produjera jamás. Escondería en un sitio apartado su cuerpo y cuando lo encontrarán lo más normal es que estuviera en un avanzado estado de putrefacción, lo que impediría su implicación en el caso. Con toda seguridad culparían a uno de los muchos peregrinos que por allí pasaban todos los días. No había motivo para preocuparse si actuaba con la misma precisión que durante meses imaginó en sus más oscuros deseos.

Sin saberlo, decidió que el sino que marca la vida de cada persona debía participar en su macabro acoso y que no saldría para nada de su escondite. Que solamente actuaría si la niña se acercaba lo suficiente hasta su posición. Esa sería la señal que le daría el destino para abordarla sin piedad. Y por desgracia para la futura víctima, ocurrió de la misma manera que lo había preparado en incontables ocasiones entre sueños y pesadillas que le hacían despertarse envuelto en sudores y, en algunas ocasiones, con las sábanas mojadas por su propio ímpetu.

Agustina corría despreocupada en busca de las más bonitas flores. Merodeaba por los lugares más inaccesibles, porque pensaba que ahí estarían aquellas que nadie había podido descubrir. Tal vez su intención era preparar el mejor ramo que

podiera para llevárselo a su casa y que adornara la mesa del comedor. A lo mejor quería hacerle un regalo a su madre. La vida rural en la Galicia de aquella época era durísima, de un gran esfuerzo que muy pocas veces se veía recompensado en su justa medida. Para sobrevivir, todos tenían que colaborar al sostenimiento familiar, sin tener en cuenta la edad. Lo importante era la fuerza que se pudiera aportar en el desarrollo de un trabajo, sin valorar lo ingrato o humilde que fuera.

El Conainas nunca pensó en Agustina para satisfacer sus placeres secretos. Siempre se imaginó a alguien algo más mayor. Pero ante la necesidad, era la única posibilidad que se le presentó y no estaba dispuesto a desperdiciarla. Además, se convenció a sí mismo de que era la mejor alternativa porque le resultaría una tarea más fácil librarse del cuerpo de la pequeña. Sin un padre que la defendiera, ni nadie poderoso que se interesara por su paradero, pronto se olvidaría el asunto o se buscaría a un responsable lejano. Parecía que las cosas se le ponían de cara, y decidió esperar para que fueran los acontecimientos quienes dirigieran sus próximos pasos.

La niña se le acercó hasta una distancia en la que pudo cogerla por el brazo. Al principio, la pequeña dio un respingo porque se asuntó. Pero al reconocer al zapatero del pueblo se quedó más tranquila. Nada más lejos de la realidad. Aquel individuo la forzó y violó con un salvajismo fuera de lo común. Todas sus frustraciones y complejos salieron a relucir sobre el cuerpo de Agustina. Seguramente, pensaba que daría lo mismo si al final iba a acabar con su vida.

Pero siempre suele ocurrir algún imprevisto que el delincuente no ha tenido en cuenta a la hora de elaborar su perverso plan. Y eso mismo le sucedió al Conainas, justo en el preciso momento en que se prestaba para iniciar el movimiento de asestar un golpe definitivo sobre la cabeza de su víctima.